

pude calcular, existen aun los siguientes pueblos tepehuanes:

1. San Francisco de Lajas.
2. Tascuaranga, como á quince leguas de Durango. Sus habitantes son poco inclinados á la civilización, no obstante que viven entre ellos algunos mexicanos.
3. Santiago Teneraca, situado en una profunda garganta. Sus pobladores son tan poco comunicativos como los de Lajas y no permiten en su recinto á ningún mexicano. Este pueblo y el anterior pertenecen al Mezquital, y los visita el mismo cura de allí.
4. Milpillas Chico, en donde los indios están muy mezclados con mexicanos.
5. Milpillas Grande. Su población se compone de tepehuanes, aztecas y mexicanos.
6. Santa María Ocotlán y
7. San Francisco, ambos poco afectos á la civilización.
8. Quiviquinta, como á quince leguas al suroeste de Lajas. Los últimos tres pueblos pertenecen al Estado de Jalisco.

En el camino de Durango á Mazatlán, pasando por Ventanas, no hay pueblos tepehuanes.

## CAPÍTULO XXVI

PUEBLO VIEJO—LAS TRES LENGUAS QUE ALLÍ SE HABLAN—LOS AZTECAS—EL ARCO MUSICAL—TEORÍAS ACERCA DE SU ORIGEN—EL MITOTE—AYUNO Y ABSTINENCIA—AYUDANDO AL GENERAL DÍAZ—IMPORTANCIA DE LAS ABSTENCIONES DE LA TRÍBU—PRINCIPIOS DE MONOGAMIA—COLOCACIÓN DE LOS CADÁVERES.

**H**AY dos días de viaje, por terreno fragoso, para llegar á Pueblo Viejo, mi próximo punto objetivo. Volví á tener gran dificultad para encontrar guía, pues los dos pueblos están en rencilla con motivo de ciertas tierras. El guía que me proporcionaron las autoridades se escondió cuando estábamos á punto de partir. Todos los demás indios se habían vuelto á sus ranchos, con excepción de uno á quien persuadí al fin á que me enseñara el camino, por lo menos hasta el rancho del zahorí mi amigo, por cuya mediación esperaba poder obtener otro guía. Pasamos por Los Retablos, nombre bastante fantástico de un magnífico declive de roca rojiza por donde atravesaba el camino. Según la tradición, fue allí donde los tepehuanes de Lajas vencieron, en la guerra de independencia, á trescientos soldados españoles que partiendo de Acaponeta trataban de llegar á la ciudad de Durango. Los indios se habían ocultado al rededor y arriba de la pendiente, y desde sus escondites echaron á rodar piedras acabando con todos los españoles.

Después que pasaron mis mulas en salvo tan peligroso trayecto donde, si hubieran rodado, no habría sido posible recobrarlas, llegué al rato á casa del curandero junto á la cual acampé. Cuando subí á la casa, la encontré vacía,

y tuve apenas tiempo de ver una mujer con un niño escapando á todo correr. Comprendí qui si el curandero no volvía esa noche ó el día siguiente, á más tardar, me vería precisado á regresar á Lajas. No me distrajo de tan sombríos pensamientos el quejoso trompeteo que lanzaba, al ponerse el sol, un carpintero gigante, que era probablemente, hasta donde podía presumirse, el único sér viviente inmediato á nosotros.

Por fortuna mi amigo se presentó en mi tienda al amanecer, calmando con su presencia mi ansiedad; y aunque estaba, por entonces, dedicado á cortar árboles y matorrales para limpiar su campo, mandó á uno de sus ayudantes á que me enseñara el camino para Hormigas, cobrándome por ello sólo tres reales, y un real más que debería pagarle al hombre, si quería llevarlo más delante para que me mostrara el derrotero para Aguacates. Aproveché así mismo la oportunidad para que el indio me diera algunos informes etnológicos y un corto vocabulario tepehuán.

Entré, pues, animoso y alegre en un campo que, aunque no presentaba subidas y bajadas visiblemente serias, era muy áspero y fragoso. La sierra principal es allí muy estrecha y la gran masa orográfica se rompe en crestas irregulares y rápidas cañadas. Casi todo el día siguiente caminamos por una alta y rocallosa cuesta, cuyo punto más alto se llama Mojoneras. Parece que en ese punto, diez millas al norte de Pueblo Viejo, pasa la línea divisoria del territorio de Tepic. Durante varias millas del trayecto, y particularmente en algunos puntos de la cresta, se goza de magníficas vistas que presenta la selvática región septentrional, sobre la empinada pendiente hacia los cañones y gargantas de la parte occidental de la Sierra Madre. Sólo pudimos divisar tres ranchos tepehuanes.

Llegué sin ningún contratiempo á Pueblo Viejo, habitado principalmente por indios aztecas, que desde hace años se han mezclado mucho con los tepehuanes que han llegado

huyendo del avance de los blancos. Los indios así procedentes de otros pueblos son llamados *poblanos*; reciben tierras de la comunidad en cambio de los servicios que prestan, y se casan libremente unos con otros; pero á "los vecinos" no se les permite establecerse dentro de los confines del pueblo. Con todo, aquella gente, que se comunica mucho con Acaponeta, y que recorre ciertas distancias para ir á trabajar en las minas, habla bien el español que es, de las tres lenguas empleadas allí, la que más se oye. Varias palabras nahoas han caído en desuso, de suerte que al ir formando mis colecciones me costó muchísimo trabajo saber los nombres de algunos objetos, como, por ejemplo, el término correspondiente á "carcaj" y la denominación de los curiosos sonajeros que usan los danzantes. Únicamente los viejos hablan el náhuatl bien, y la influencia tepehuana se hace sentir hasta en la antigua religión del pueblo. Pude observar que, lo mismo que en Lajas, no come la gente carne de gallina ni de carnero, no obstante que toman ternera.

Son allí los indios más inteligentes y comunicativos que en Lajas. Las mujeres contestan cuando se les dirige la palabra, mientras que en Lajas los habitantes son reservados y suspicaces no sólo con los blancos, sino hasta con los demás indios. Otra diferencia que los distingue, es que muy pocos beben mezcal.

En una reunión que tuve con ellos llevado de mi deseo de agradarles, díjeles que el gobierno mexicano tenía mucho interés en saber si se desarrollaban en población ó estaban próximos á acabar, á lo que el más ladino repuso riendo: "Por supuesto que quieren saber cuando podrán acabar con nosotros!"

Allí también se resienten las usuales molestias de los "vecinos" ávidos de ensanchar sus tierras, y cierta ocasión este pueblo y los otros inmediatos enviaron una comisión á la ciudad de México á efecto de arreglar la cuestión de

tierras. Estuviéronse en la capital once días y fueron bien recibidos en el Ministerio de Fomento; pero se les acabó el dinero antes de terminarse los asuntos que les llevaban y tuvieron que regresar sin haber conseguido cosa alguna.

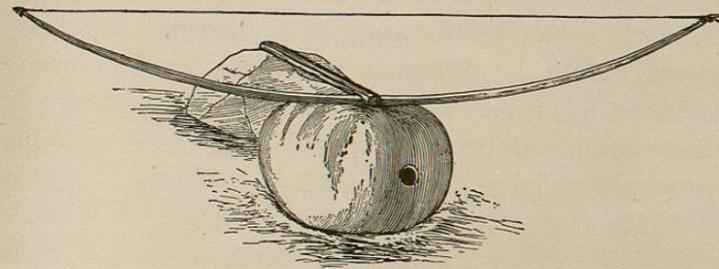
Parecieronme estos indios ordenados y corteses, y no me fue muy difícil que me permitieran asistir á un mitote que iba á haber en un rancho inmediato. El 24 de marzo, poco antes de ponerse el sol, partimos á caballo hacia una alta mesa, empleando hora y media en recorrer una tortuosa vereda como de 3,000 pies de extensión. Cuando llegamos, la noche estaba hermosa y estrellada, pero no podía verse el magnífico paisaje que debía de dominarse desde aquel punto. Hay algunos ranchos pertenecientes á individuos del pueblo que los habitan á veces durante las aguas, y pasan el resto del año en la población. Al entrar en el llano, distinguí claramente el sonido del *tahuitol*, instrumento de los tepehuanes, que á distancia suena como tambora.

Pasamos más allá del rancho que daba el mitote, y como cien varas adelante, se nos presentó una pintoresca escena: los indios estaban agrupados en un prado en torno de muchas fogatas que flameaban entre los árboles. En aquel momento se había interrumpido la danza, que comenzó poco después de ponerse el sol. Advertí á un lado un pequeño claro dispuesto para bailar, en donde había, situado al este, un altar como los ya descritos, guarnecido en ambos lados de troncos de árboles, en los que se habían suspendido los atavíos, arcos, carcajes, etc., de los danzantes. En el centro había encendido un gran fuego, y al extremo occidental, hallábase sentado en un equipal el sacerdote. Atrás, en asientos semejantes, pero más pequeños, estaban el dueño del rancho y los individuos principales.

Me llamó la atención reconocer que el músico sagrado era tepehuán; pero después supe que los aztecas consideran

mejores á los de esa tribu que á los suyos. Vi frente al sacerdote el instrumento que había estado tocando, el cual consistía en una gran calabaza redonda y hueca, con un arco de inusitado tamaño puesto encima. El que lo toca lo detiene por medio de un barrote en que apoya el pie derecho y con dos palillos hiere la cuerda, siguiendo un ritmo compuesto de un toque largo y dos cortos. Oído de cerca, el sonido tiene sonoridad parecida á la del violoncelo.

Es el mismo arco musical americano, que fui á encontrar allí por primera vez. Tiene grande importancia en los ritos religiosos de la tribu, así como entre los coras y hui-



Arco musical de los tepehuanes del sur y de los aztecas.  
Longitud del arco, 1 m. 36.5 cm.

choles. Estos últimos lo tocan con dos flechas. Se ha asegurado que el arco musical no es originario del hemisferio occidental, sino que lo introdujeron los esclavos africanos. Sin dar más valor del que merece al hecho de que apenas se encuentran negros en el noroeste de México, parece enteramente fuera de lo posible que un instrumento extranjero haya alcanzado tan principal papel en el sistema religioso de varias tribus. Confirma, por lo demás, esta opinión, el descubrimiento hecho en 1900 por Mr. R. B. Dixson, de un arco musical entre los indios maidús de la falda occidental de la Sierra Nevada, al noroeste de San Francisco, California. El arco ocupa también importante

lugar en la religión de esa tribu, y se le rodea de mucho misterio.

El canto del sacerdote me parecía muy diferente de los que había oído entre los tarahumares. Como el asiento era alto, tenía que conservar una postura erguida mientras tocaba.

Los hombres y mujeres que bailaban, hacían mucho ruido al golpear el suelo con la planta de los pies, moviéndose en doble columna al rededor del fuego y del sacerdote, y avanzando en dirección opuesta al movimiento aparente del sol, los hombres delante y las mujeres en su seguimiento. Noté que el bailar de las mujeres era un poco diferente del de los hombres, en cuanto á que se levantaban sobre las puntas de los pies en cada paso. Á veces deteníanse repentinamente las columnas y ejecutaban los mismos movimientos hacia atrás por un momento, dando los mismos saltos, y á los pocos segundos proseguían adelante. Todos estos movimientos son dirigidos por el jefe, que es quien baila primero.

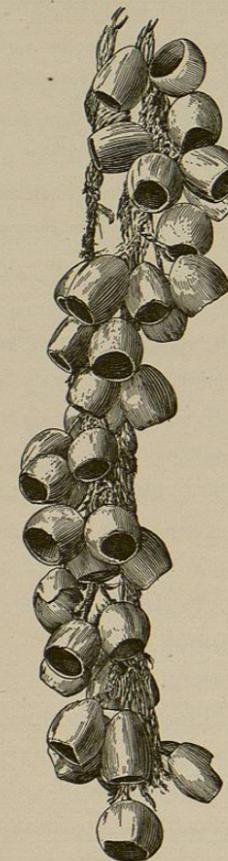
Los hombres y mujeres se adornan con flores, los unos colocándolas en sus sombreros de petate, y las otras en sus cabellos, con el tallo tras de la oreja. Escogen las flores, seguramente, según el gusto de cada cual, pero las que vi en mayor cantidad, eran unas blancas, llamadas *corpus*, cuya deliciosa fragancia me llegaba cada vez que pasaba bailando alguna mujer cerca de mí. Dos muchachos tenían asegurada á la cabeza, con pañuelos, unas flores llamadas *clavellinas*, que tienen una especie de cabello blanco y espeso. El músico tenía en la cabeza una cinta angosta, pero no flores. Al rededor de los tobillos llevaban atadas los hombres unas sartas de cápsulas secas de cierta palma, que suenan al bailar. Cinco veces durante la noche se alzaron del altar mazorcas y plumas, y los hombres se quitaban en cada ceremonia el sombrero. Las mujeres iban con rebozos, pero sin sandalias, por con-

siderarlas impropias en tales ocasiones, siendo los hombres los únicos que las llevan.

Cinco pausas se hicieron en el curso de la noche, las que anunciaba el sacerdote tocando cada vez más lentamente. Los bailadores proseguían hasta llegar frente al altar, en donde poníanse á saltar en el mismo sitio con increíble rapidez hasta que terminaba la música. Entonces se separaban y se tendían á descansar.

Los que no tomaban parte en el baile, estaban tirados al rededor de las diversas hogueras. Varía el número de los que bailan de acuerdo con los sones y el entusiasmo de la gente. Muchos se entregan el sueño por un rato, pero esto no se considera muy cortés para el dueño del rancho, pues el efecto del baile es mayor ante los dioses, cuando todos toman parte en su ejecución. Me contaron que para que ninguno se duerma, anda á veces un individuo echando agua fría sobre la cabeza de los soñolientos.

Dio principio á la ceremonia el dueño del rancho con cinco vueltas al rededor del fuego, llevando consigo el instrumento musical y los dos palillos, y haciendo una reverencia al sol cada vez que pasaba frente al altar. Concluyó el mitote al amanecer, con una representación dramática de la muerte de un venado. Se tomaron, al efecto, del altar algunas pieles de dicho animal, sobre las que pusieron los indios sus arcos y aljabas, cada una de las cuales contenía veinticinco flechas y dos hondas; y cogien-



Sonaja de tobillo, hecha de cápsulas de palma.